

La niña, la hamaca y el árbol (Relato breve) ta Fey pichi zomo ka futa aliwen

Moira Millan¹

Había una vez una niña con un halo gris de tristeza en su mirada. Sus ojos se humedecían de soledades y desamparos. Su cuerpecito frágil se estremecía cuando la golpeaban, su delgadez denunciaba hambrunas. Su piel color tierra mostraba heridas y moretones. Caminaba siempre encorvada mirando a la *mapu*, como si cargara en su espalda 500 años de olvido. Nada esperaba de la vida más que un segundo de ternura. A menudo se preguntaba sobre el misterio de las caricias: “¿a qué sabrán los besos?”. Se preguntaba: “¿los abrazos serán como las frazadas que nos abrigan en el invierno?, ¿cómo será el amor? ¿las madres que aman hablarán a sus hijos con dulzura como la brisa tibia del verano?”. Caminaba siempre meditabunda, mientras cumplía con los mandados. Pero hubo un día en que la niña se detuvo en una plaza, contempló una hamaca, deseosa de sentarse en ella y volar el mundo, imaginaba que en las alturas el espíritu se alegraría, seguro le nacerían alas en el cuerpo, se estremecería de placer ya no de miedo, le caminarían las cosquillitas como hormiguitas en el corazón, y le brotarían todas las carcajadas deseosas de salir tras mucho tiempo de encierro. Pero al mirar la altura de la hamaca pensó: “pero... cómo me subiré soy demasiado chiquita para alcanzarla”. Cuando estaba a punto de llorar en su impotencia, una voz masculina y tierna le preguntó: “¿te subo?”. Ella dudó pero luego asintió con la cabeza, él la sentó con cuidado y comenzó a hamacarla, entonces sintió que los sueños se cumplían, que cada empujón la elevaba no solo al cielo sino a la vida. Cuando él se fue y ella salió de la hamaca algo había cambiado para siempre, había encontrado la ternura y decidió empeñar su vida para tenerla nuevamente. Desde entonces la ternura para ella fue una voz, unos brazos fuertes, fue un hombre. Se hizo caminante para encontrarlo, anduvo huellas, picadas, caminos polvorientos de tierras áridas, senderos gredosos de bosques húmedos, rutas asfaltadas, estaciones de trenes y aeropuertos. Conoció muchos rostros; palpó

¹ **Moira Millan**, escritora y luchadora social mapuche, weichafe del Lof Pillan Mahuiza (Chubut), impulsora de las Marchas de Mujeres Originarias por el Buen Vivir y el Parlamento de Mujeres Originarias, co-autora del film “Pupila de mujer”

muchos brazos; se sumergió en muchas voces; probó muchas hamacas, algunas eran frágiles y se rompían, otras eran duras e incómodas, a veces conseguía elevarse pero no le resultaba sublime, no había cosquillitas en su corazón.

Cuando le preguntaban: “¿caminante cuál es tu hogar?”. Ella respondía: “es una hamaca que me eleva hasta tocar las nubes”. “¿Dónde está?”, le consultaban. Ella entre suspiros respondía: “aún no la encuentro, estoy en su búsqueda”. Así anduvo una vida, hasta que un día se encontró con un joven de piel color tierra, que mostraba heridas en su cuerpo, parecía cargar sobre sus hombros 500 años de olvido. La miró y le habló con ternura, él era un árbol de tronco firme, sus brazos eran ramas que acariciaban la noche, sus raíces eran historia y compromiso, sus savias fluidos de amor y rebeldía. Ella abrazó el tronco y se aferró a él, lo miró a los ojos y le dijo: “ternura, anduve en el mundo buscándote, te pensé hamaca y resultaste árbol, en vos encontré mi hogar, en vos anidará mi vida, ya no deseo volar, ahora seré parte de tu savia, le daré frutos a tus ramas”.

Entonces ella le curó las heridas de la piel mientras ambos sanaban las heridas del alma.

